



Programa DRIS/ZA-MANU:
Desarrollo Humano en el Manu

UNA MANO AL MANU

Por: Ramiro Escobar
Periodista Profesional y Profesor Universitario

PRESENTACION

Gracias a una feliz sugerencia de Jeannette Weller, directora de Welthungerhilfe en el Perú, el Programa DRIS/ZA-MANU que coordino desde el 2006, invitó al periodista ecológico Ramiro Escobar a visitar la zona de amortiguamiento del Parque Nacional del Manu para realizar un reportaje sobre lo que hacemos por las gentes que viven en esta reserva biológica natural del país.

La visita de campo, con entrevistas a autoridades locales, líderes sociales y responsables del Parque Nacional del Manu (PNM), se realizó entre el 29 de noviembre y el 5 de diciembre. Tuve la suerte de compartir este viaje con “Ramirix”, el mismo que incluyó visitas a las comunidades nativas de Santa Rosa de Huacaria, Palotoa/Teparo – con un frustrado viaje a Pusharo -, Shintuya y Diamante, así como a dos puestos de vigilancia – Acjanaco y Santa Cruz -, Pillcopata, Salvación, Boca Manu y varios sectores de colonos que viven y protegen esta reserva de la biodiversidad del planeta.

Ramiro es Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Particular San Martín de Porras de Lima (1997) y diplomado en Comunicación y Medio Ambiente por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona (2001). Ha recibido varios premios nacionales e internacionales por su trabajo periodístico en defensa de la ecología y actualmente es colaborador permanente de la página internacional del diario La República. Sus más recientes galardones han sido el Primer Premio de Reportaje sobre Biodiversidad en el Perú, certamen organizado por Conservation Internacional (CI) en el 2008, con un reportaje publicado en la revista ‘Somos’ y el Segundo Premio Latinoamericano de Reportajes sobre Biodiversidad en Barcelona, España (2008).

Aquí publicamos lo que Ramiro escribió luego de su agitada, corta visita y largas conversaciones interesantes, esperando que nos visite en otra oportunidad para darnos una mano en el Manu

Hugo Cabieses
Coordinador del Programa

MANUS ARRIBA (Y ABAJO)¹

Martes 9 de diciembre de 2008

Un paseo alucinado, y terrible, por el Parque Nacional del Manu.

Con un gesto natural, desprovisto de dramatismo, Rodolfo Champi, un joven originario de la provincia cusqueña de Urcos, me cuenta cómo, ante la falta de transporte público optó por una solución a lo Robinson Crusoe: se construyó él mismo una balsa y dejó que el río Alto Madre de Dios lo arrastrara.

Por fin, después de 7 horas de tormentosa travesía, llegó hasta la comunidad de Diamante, donde los nativos yines lo esperaban para que prosiguiera con su oficio de profesor. Rodolfo dice que sólo “hace su trabajo”, y complementa su vida con un afanoso estudio de las plantas medicinales de la selva.

Mientras caminamos por una trocha, me va indicando qué planta sirve para qué (una de ellas huele, fuertemente, a frotación Charcot). La vegetación de la Reserva de Biosfera del Manu, entretanto, nos acompaña, nos abruma, por momentos casi nos traga. Y los mosquitos nos atacan con gusto despiadado.

Las historias similares abundan por acá, casi como los bichos que nos circundan. No obstante que estamos en los alrededores de uno de los lugares más turísticos del Perú y acaso del mundo (el Parque Nacional del Manu, que es parte de la Reserva de Biosfera) la vida de los “normales”, no turistas, es durísima.

También la de los guardaparques, cuyo día de homenaje, en el Perú, se celebró por primera vez el pasado 6 de diciembre: hay muy pocos para los 1'716,295.22 hectáreas de extensión que tiene el Parque Nacional; ganan sueldos magros; y, por último, algunos de sus beneficios están en peligro de extinción.

Hace poco, por ejemplo, el Estado les recortó la dotación de víveres que les daba, por lo que ahora se los tienen que buscar ellos mismos. Y aunque algunas fundaciones u organizaciones privadas, como la Sociedad Zoológica de Frankfurt, los ayudan, con las justas llegan a ser un serenazgo de la selva.

Todo esto ocurre por un corredor fluvial por donde penetran, sobre todo entre mayo y octubre, un flujo importante de turistas, monitoreados por unos siete u ocho operadores autorizados. Que pagan una cantidad importante de dólares (mínimo 500 para ingresar, a lo pobre, al Parque; 3,000 si se usa avioneta).

El negocio es bueno, da recursos al erario público, y a los empresarios, pero, increíblemente, casi no “chorrea” a los lugareños, nativos o colonos, que con

¹ Artículo para el blog Espacio Compartido:
<http://compartidoespacio.blogspot.com/2008/12/manus-arriba-y-abajo-ramiro-escobar.html>.

suerte venden algunas artesanías y polos u ofician de guías o motoristas de bote.

El único chorreo que reciben viene del Alto Madre de Dios.

A diferencia de la parte alta del Parque (el Manu va de los 4,000 metros de altura hasta los 100 metros), en la parte baja, no hay transporte público. Los peque-peques tienen dueño y sirven para transportar gente y plátanos, pero no hacen ningún servicio interdistrital, ni tienen paraderos, ni boleteros.

Se sube quien puede, como cuando, en el poblado de Itahuanía, se trepó a nuestro bote, de propiedad del Programa DRIS/ZA-MANU², una profesora, también de Diamante, que llevaba mochilas y, en una especie de balde, los exámenes del colegio primario. Si se le pasaba este bote se le iban la vida y las aulas.

Más allá, en Boca Manu, un pueblo vecino al aeropuerto donde aterrizan las avionetas turísticas, y a la desembocadura del río Manu, se me ocurre hacer una pregunta cargada de ingenuidad ciudadina: “¿Y se quedan acá los viajeros”, consulto, esperanzado. “No –me responde un colono-, pasan sólo a orinar”.

Las avionetas llegan allí solo en ‘temporada alta’ y, por caridad, pueden llevarse a un enfermo grave hacia el Cusco, surcando el hermoso cielo en tan sólo una hora y algo más. Pero ha ocurrido que a un niño intoxicado se le fue la vida sobre un peque-peque, mientras luchaba contra el tiempo y los elementos.

Incluso, Abel Muñiz, un hombre adinerado de la zona y notable defensor del Parque, no pudo llegar a un hospital decente tras sufrir la rotura de una úlcera. Murió camino al Cusco, a donde se llega desde Pillcopata, un pueblo al final de la selva alta, en por lo menos 8 horas de viaje subiendo por la montaña espesa.

El Manu, en suma, es bello, incomensurable. Pero también es difícil, demoledor. Sobre todo si no se cuenta con avioneta. Especialmente si se vive al día, de los recursos del bosque, cuando el cielo no se viene abajo por una lluvia que lo inunda todo. Cuando el infierno verde se quiere parecer al paraíso.

El DRIS/ZA MANU hace algo útil: promueve la agroforestería, mejora la nutrición y reforesta algunas zonas. El Estado también, no hay que ser mezquinos, aun cuando los otorongos reales de estos lares llaman a recuerdos políticos ingratos³. Sin embargo, un paseo por este lugar deslumbrante deja también sombras.

² Sigla que designa al serpenteante nombre del ‘Programa integral para el fortalecimiento de las capacidades locales de las familias de pequeños productores de la Zona de Amortiguamiento de la Reserva de Biosfera del Manu. Esta Reserva de Biosfera, reconocida como tal por la UNESCO, incluye al Parque Nacional, su Zona de Amortiguamiento y zonas colindantes, sobre unos 6.3 millones de hectáreas. El programa está Proyecto financiado por la Unión Europea, la fundación de origen germano Welthungerhilfe (denominada antes ‘Agro Acción Alemana’) y CESVI (Cooperazione e Sviluppo, o Cooperación y Desarrollo). Tiene previsto trabajar hasta abril del 2010, pero proyecta quedarse en la zona impulsando estrategias articuladas a la captura de carbonodel ‘Programa integral para el fortalecimiento de capacidades locales de las familias de pequeños productores de la Reserva de Biosfera del Manu (RBM)’.

³ En defensa de los otorongos o jaguares de verdad (*Panthera onca*) hay que decir que son animales que se ganan su sustento con sacrificio y astucia, aunque a veces parezcan ser crueles. Lo que nunca hacen es zurrarse en la ley, de la selva.

El turismo, digo yo, no debiera ser sólo un pasacalle de ricos que circulan, como en un ‘mirabus’, en medio de la selva, para ver fauna y también, con curiosidad salvaje, a los nativos. Si Boca Manu sirve, mayormente, para que se detengan a miccionar es que algo, en nuestras políticas públicas está francamente desquiciado.

-oOo-

EN LOS BORDES DEL PARAÍSO⁴

Lima, 13 de diciembre del 2008.

Desde el mirador de Tres Cruces y un poco más allá, todavía en la gélida puna, ya se puede estirar la vista y encontrarse con un trozo de esa demoledora belleza. Es un pecado entonces no recrear los ojos, y la imaginación, admirando la vastedad del mítico Parque Nacional del Manu, que entonces comienza a mostrar su dilatada hermosura, como una mujer de interminable belleza, cuya piel se viste de la magia frondosa del bosque tropical.

Para disfrutarlo (a), sin embargo, hay que bajar lentamente por el cuerpo de este alucinado territorio, que comienza en los acezantes 4,000 metros de altura y baja, como nadando en la espesura, hasta apenas los 200 metros, donde ya la selva es un llano que se pierde sin remedio en el horizonte. Allí, en ese sándwich desafiante de pisos ecológicos trabaja, con ahínco sudoroso, el Programa DRIS ZA-MANU, una ocurrencia feliz de este tiempo.

El Parque está adentro, pero buena parte de sus problemas está afuera, en la Zona de Amortiguamiento (ZA), un ámbito no marcado por los mapas como incluido dentro del Paraíso, aunque alberga casi los mismos tesoros: innumerables especies de plantas (más de 4,000, según los científicos), por lo menos 150 especies de mamíferos, cerca de un millar de especies de coloridas aves y al menos dos centenares de especies de peces.

Unos 5 grupos nativos, además, viven entre los extramuros y el corazón de la zona núcleo del Manu, algunos en aldeas y otros moviéndose en medio del bosque, en ocasiones huyendo de los peligrosos vientos de la modernidad. Nadie lo sabe con precisión quirúrgica, pero se estima que grupos de Mashco Piro, Yaguas y Amahuacas viven en ‘aislamiento voluntario’, debido a terribles y vetustas experiencias de ‘contacto’.

Cerca de ellos, y acaso en secreta complicidad, moran, ya más establecidos, los Huachipaire, los Amaraeri y los Matsiguenga (algunos de los cuales también vivirían aislados). Más mezclados y afanosos, algunos pueblos de colonos –la mayoría venidos de los Andes cusqueños- se asientan también en las inmediaciones de la ZA, como si revivieran, esta vez pacíficamente, el encuentro ancestral de estos dos mundos indígenas.

En el medio, el DRIS-ZA MANU – que cuenta con el apoyo pecuniario de la Unión Europea, la Welthungerhilfe y CESVI - se ha metido como una cuña salvadora para

⁴ Texto para el Calendario del Programa DRIS/ZA-MANU 2009.

procurar promover biohuertos, minigranjas, proyectos de agroforestería y reforestación y centros de acopio. El propósito, en esta parcela de dispendiosa biodiversidad planetaria, es sembrar breves semillas de lucha contra el cambio climático.

Porque estos bosques inmensos, clavados en medio de una inconmensurable llanura y entre montes y serranías difíciles, no atesoran sólo belleza y misterios. La deslumbrante alfombra verde es también una reserva de oxígeno para el futuro, una hermosa caja fuerte que, manteniéndose en pie, mitiga eficazmente el calentamiento global. Conservarla es una lucha por defender los territorios del espíritu, pero también el devenir de la vida.

Por si fuera poco, por estos predios agrestes, florece aún la leyenda del Paititi, el legendario lugar donde los Incas, aparentemente en sus últimos estertores, escondieron incontables objetos de oro y otras joyas del reino. Todavía nadie ha encontrado esa ruta, pero, aun si no tuviera un modesto jarrón de oropel, encontrar esa ciudad sería maravilloso, porque revelaría más de un secreto enterrado en los bosques de la Historia.

Por último, no debe ser casual que, en uno de las curvas de la verde montaña, casi a la mitad de la ruta terrosa que une Paucartambo con Pillcopata, el pueblo más grande de la selva alta vecina al Manu, mora el Gallito de las Rocas, nuestra ave nacional. Todas las tardes, casi exactamente a las 5 pm., comienza a saltar graciosamente entre las ramas de unos árboles y emite un sonido fuerte, que rompe el sereno murmullo del bosque.

Verlo es pensar también en otras esquinas de nuestra fauna, como los monos o jaguares que viven también a tientas en los alrededores y dentro del Parque, aunque al mismo tiempo es sentir que una partecita, conmovedora, de nuestra atormentada nacionalidad, vive aquí, en este borde del Paraíso. Es difícil, todavía un poco indomable, pero incontrastablemente bella y prometedora, a condición de que la cuidemos con pasión.

Y también con inteligencia. La supervivencia del Manu, su salvación de madereros furtivos o petroleros díscolos, pasa por conservar el bosque o manejarlo. En suma, por tratar de que siga viviendo para que no vuelva a sufrir improntas tan feroces como las de los caucheros y otros intrusos que la destrozaron en el pasado. El turismo también es una posibilidad, siempre y cuando se entronque con la conservación y no solo con el lucro.

El Programa DRIS/ZA-MANU no podrá hacer eso en un tris, porque en estas tierras nada es fácil ni rápido. La vida anda a ritmo de peque-peque y las horas pasan de un modo tan distinto que uno no sabe si el tiempo esconde aún en sus minutos, momentos de siglos ya vividos. Con todo, hacer algo por este Parque Nacional, más temprano que tarde, es un exigencia del alma y un deber del Estado. Ignorar ese llamado es renunciar a una tarea ineludible.

AL LADO DEL PAITITI⁵

Lima, 21 de diciembre del 2008

Una vuelta por el Parque Nacional del Manu, en Perú, donde la biodiversidad y los misterios sobreviven. Donde la Amazonía es una invitación a la aventura. Declarada por la UNESCO, Patrimonio Natural de la Humanidad, esta área protegida es revelada, desde el río y la tierra, por la pluma de un periodista viajero.

Imposible, imposible describir, con prosa quirúrgica o ínfulas líricas, este paisaje. Imposible navegar sin desvaríos por sus vigorosos torrentes, para intentar luego recrear sobre el papel un instante fugaz de la aventura. Imposible contar, con apenas un teclado, de qué intensidad mágica son los sonidos del bosque o los serenos atardeceres de la selva. Imposible explicar, con palabras, la maravillosa experiencia amazónica del silencio.

Sólo recuerdo que nuestra 4x4, pundonorosa ella, salió del Cusco, la ciudad imperial, y se dirigió hacia el nor-este, por un camino terroso, cuando el sol todavía iluminaba algunas montañas ríspidas. Nos tomó unas tres horas llegar a Paucartambo, otra ciudad andina, sorteando curvas difíciles, y poco después pasamos un sitio arqueológico, sembrado de chullpas⁶ y llamado Ninamarca, que parecía anunciar la entrada a territorios míticos.

Kilómetros más allá, un aviso nos decía que estábamos en el ingreso al Parque Nacional del Manu, Patrimonio Natural de la Humanidad, área protegida vital del Perú, emporio de biodiversidad de los más dispendiosos que se conocen en el planeta. No lo supe por el letrero sino porque, lentamente, el camino se volvió más montaraz y comenzó a descender por cerros llenos de verde espesura, envueltos en nubes gruesas e invencibles.

De pronto, en un momento conmovedor, un claro entre la bruma dejó ver la inmensidad de la selva alta besando al llano amazónico con cierta rudeza, pero de manera inevitable. Como emergiendo de un sueño final, apareció a lo lejos, arrellanándose sobre el horizonte, la cordillera del Pantiacolla, suave e inconmensurable, misteriosa e invitante. Mis ojos, entonces, se lanzaron al infinito, en busca de ella y de esta ingente belleza.

BAJANDO HACIA EL PARAÍSO

Luego seguimos descendiendo, mientras Hugo Cabieses, coordinador del Programa DRIS/ZA-MANU, una ONG que consume sus esfuerzos y sudores en la zona, me contaba que esa, esa cadena de cerros indescrptible y hermosa, había hecho pensar muchos a que allí estaba el Paititi, la ciudad perdida de los Incas. Que innumerables expediciones se habían lanzado a su entraña a buscarla y algunas nunca volvieron.

Nunca se ha comprobado, decía él, que allí estaba ese pueblo mítico, en donde los abuelos prehispánicos escondieron sus riquezas para salvarlas de la codicia de los recién llegados conquistadores. Pero bastaba ver el paisaje que nos envolvía para convencerse de que estábamos sumergidos en una especie de tesoro natural, donde todo sueño

⁵ Artículo que será publicado por la revista Travel and Leisure en el primer trimestre del 2009.

⁶ Las chullpas son un vestigio pre-hispánico que guarda el rastro de tumbas.

parecía posible. Donde hasta el más cuerdo podía enloquecer arrobado por el candor de la jungla.

A medida que fuimos bajando, la ruta se volvió más enrevesada, más llena de lianas y árboles que se empujaban en el bosque, como queriendo ser los más vistosos en un mundo donde lo verde parecía dominar no sólo la tierra sino la atmósfera. En un rincón zigzagueante de la carretera, y luego de cruzar un pequeño puente, irrumpió una cascada, que, como un hilo de agua, bajaba desde unas montañas agrestes, rudas e inalcanzables.

Se mostraba como un delgado espejo, generoso en medio del monte, que quizás, siglos atrás, sirvió de fuente providencial para los incas, conquistadores o pioneros que sucesivamente, y a través de los siglos, intentaron domar estas tierras, pobladas de nativos irredentos. Por acá, pasaron Túpac Yupanqui, el capitán español Pedro de Candía, los caucheros Fermín Fitzcarrald y Bernardino Perdiz, así como algunos curas dominicos.

Por acá ahora pasamos nosotros, montados no sobre caballos sino sobre autos poderosos. Pero igual la selva parece tragarnos, abrumarnos. El tiempo no ha disuelto el misterio de estos montes, que se mantiene y continúa incluso después de llegar a Pillcopata, el pueblo más grande de la zona, ubicado en el umbral de la selvas alta y baja. Tras 4 horas de bajada serpenteante, llegamos. Exhaustos pero felices. Deslumbrados e interrogados.

LOS SUEÑOS DE VICTORIA

La carretera es tan angosta que tiene días de subida (martes, jueves y sábado) y días de bajada (lunes, miércoles y viernes). El domingo, siempre sagrado, es de todos, pero muy dificultoso. Y el desafío no termina en las curvas. Entre Pillcopata y Salvación, un pueblo ya más vecindado con el núcleo del Parque Nacional, hay que atravesar, raudamente y con afán de rallye, el río Carbón, una especie de campo sembrado de piedras blancas.

Normalmente, está seco y pasable, pero puede ocurrir que, repentinamente, el cielo se venga abajo por la lluvia y, en pocas horas, esta quebrada, así como otras (las de Yunguyo y Salvación, por ejemplo), se conviertan en un furioso torrente que más de una vez se ha llevado sin piedad algún vehículo. Esa tarde que llegamos, no pasó nada, pero resultó extraño surcar el fondo de un río, conocer, a llanta partida, sus secos meandros.

Fue así que llegamos a Shintuya, una comunidad nativa promovida por misioneros dominicos, en la que conviven, no siempre sin problemas, indígenas de las etnias amarakaeri, huachipaire y matsiguenga. Fue allí donde Victoria Corisepa, amarakaeri, nos habló de la importancia de los sueños, del mito del Huanamey, de los tiempos en que sus padres y abuelos aún vivían en el **bosque**, casi desnudos y amparados por el monte.

“Siempre tienes que fijarte en los sueños”, me dijo ella, con acento selvático y con una convicción que, juzgué yo, solo podía ser alimentada por el entrañable vínculo que la unía al bosque. Me lo dijo andando en medio de su pueblo, mientras algunos niños mal vestidos rondaban por las calles sin asfalto, y mientras, cerca, un anciano amarakaeri se hacía una flecha con caña brava, tronco de palmito y delicados hilos de piña.

Me quedé con sus palabras, tan sinceras y frescas como las shapajas, unos frutos naturales que cuelgan de algunas palmeras silvestres desperdigadas por los campos. Esa noche, alguna nebulosa sensación se apoderó de mí en medio de la profundidad del sueño, provocándome cierta angustia. Pensé que era la resaca digestiva del delicioso paco⁷ que nos devoramos al atardecer, pero el día siguiente me daría otra respuesta.

RÍOS INDÓMITO

Nos fuimos navegando por el río Palotoa, un afluente del Alto Manu, camino a la comunidad matsiguenga de Palotoa Teparo, de donde partiríamos a los petroglifos de Pusharo, una pared ancestral donde alguna mente prehispánica (quizás arawak, siglos antes de los Incas) plasmó unos dibujos extraños y perdurables. Al volver hacia Santa Cruz, el puerto modesto de donde partimos, el sueño pareció manifestarse sin **remedio**.

El motor del peque-peque, una embarcación pequeña que hace un ruido chirriante, de donde proviene su nombre (peque-peque-peque...), se paró en medio del Palotoa, al caer la tarde, cuando el sol se escondía entre la espesura y los sonidos de la selva aumentaban a un ritmo armonioso pero amenazante. Un rápido, debido a su escasa agua, pareció romper algún mecanismo vital, para dejarnos abandonados y solos en la jungla.

Lucio, un guía matsiguenga, y el motorista, de origen colono, luchaban por reparar el desperfecto, pero el tiempo pasaba y el motor no volvía a la vida. Minutos antes, otro rápido había hecho que el agua saltara encima de nosotros, dejándonos humillados y mojados, sometidos ante la fuerza incontrolable del agua. Ahora, el río nos reclamaba otra vez, no sabíamos hasta dónde, mientras yo me acordaba de mis sueños y de Victoria.

Por fin, cuando ya la negra noche menguante se había abalanzado sobre los bosques, el peque-peque-peque... volvió a sonar y entonces todos sonreímos, de alivio pero también de felicidad, porque ese día, además de las turbulencias hídricas, nos había regalado la visión de muchas aves coloridas, la presencia furtiva de unos monos, el candor especial de una zarigüeya que se cruzó en nuestro camino y el rostro sorprendido de un lagarto.

También la enormidad de un paco de 13 kilos, ese pez que mora en estos dominios, y que había sido **capturado** durante la envolvente noche por un colono que se aventuró en el Alto Madre de Dios. Asimismo, en la carretera nos habían acompañado unas maravillosas y coloridas flores de heliconia, cargadas de un intenso rojo y amarillo, al tiempo que incontables árboles se apretujaban en el horizonte, sumergidos en una espesa niebla.

Todo esto ocurrió bajo un vasto cielo, que al morir la tarde renació en muchos colores extraños e intensos. Y dentro de las tierras de los matsiguenga, los amarakaeri, los yine y los huachipaire, que viven ya en comunidades aunque todavía cazan y pescan para su diario. E igualmente de los yahua, los mashco piro y los amahuacas que, se dice, viven aislados en el bosque, **sin querer vernos**, sin aspirar a nuestra humana condición.

UN FUNDO FELIZ

⁷ Pescado de los ríos amazónicos, de carne muy deliciosa.

Por fin, el último día, de 5 que estuvimos andando por estos lares selváticos, arribamos a Villa Carmen, un fundo vecino a Pillcopata, a salvo de tumultos y modernidades discutibles, un espacio libre de estridencias urbanas y preocupaciones solemnes. Fue propiedad de Abel Muñiz, un cusqueño más o menos adinerado, pero sobre todo comprometido con la selva, con el Manu, con la gente y con las especies del monte.

El ya no está. Falleció hace unos meses al reventársele una úlcera, dicen que cuando se enteró de que uno de sus maquisapas ⁸ preferidos había muerto. Pero las pruebas de su amor por estos ecosistemas sí permanece en este mundo. Otro maquisapa, pareja de la occisa, salta entre los jardines del mundo, con sus brazos largos y su cola prensil; un par de guacamayos, de distintos colores, vuelan libres entre los techos de las cabañas.

En un corral cercano, hay unos sajinos⁹ y, al lado, un tapir. Son animales silvestres, pero acá, en este semi-cautiverio, parecen vivir gordos y felices. Un pozo cercano, además, alberga decenas de peces amazónicos, que el caballero andante de la selva, Muñiz, crió para beneplácito suyo y de los ríos, a veces asediados por el barbasco, un veneno natural, o incluso la dinamita. Villa Carmen, en suma, es un oasis tropical.

Según Cabieses, en tiempos coloniales fue propiedad de Isabel Chimpu Ocllo, la madre de Garcilaso de la Vega, el presunto primer mestizo peruano. Luego pasaron por ella otros señores, como Bernardino Perdiz, de quien ya habíamos tenido noticia. Finalmente, en los 60, la compró Muñiz, quien incluso llegó a tener una pequeña compañía de avionetas, una de las cuales luce desvencijada en un paraje de este fundo escondido.

¿Qué hay más allá? Al rato salimos de este recinto feliz y nos internamos, por una carretera malísima, sembrada de piedras espantosas, hacia Santa Rosa de Huacaria, una comunidad matsiguenga. La ruta se mete por el monte, como puede, **serpenteando** entre la fronda y por tramos casi sumergida en el barro, debido a una lluvia feroz que, la noche anterior, nos hizo pensar en la existencia real de los diluvios en estos parajes difíciles.

Casi 45 minutos después, llegamos al pueblo, conformado por cabañas selváticas típicas, hechas de palmeras silvestres. La población nativa no se inmuta, algunos niños nos saludan con la mano. En una de las viviendas, finalmente, nos recibe don Manuel, un indígena huachipaire de 70 años, casado con una machiguenga de 28, con la que tiene 3 pequeños, que andan dando vueltas por los alrededores y entre los mosquitos.

Me pregunto ahora cuál es el secreto de este hombre, cuyo rostro revela la resaca de lo vivido, pero que a la vez exhibe una vitalidad asombrosa, que lo animó a inventar una familia a edad tan tardía. Manuel, además, camina con una facilidad asombrosa y me lleva a conocer a Domingo, un matsiguenga que vino, hace apenas un año, de arriba.

Más bien muchacho, Domingo no habla casi, es tímido, reservado y, sin embargo, tiene unos ojos que parecen conocer cada centímetro del **bosque**. Fue, hasta hace poco, uno de los que la escena oficial llama nativos ‘no contactados’ o en ‘aislamiento voluntario’. Es decir, humanos que, por ancestrales experiencias traumáticas, decidieron no

⁸ Mono de la Amazonía, de brazos largos y cola prensil.

⁹ El sajino es una especie de jabalí propio de estas selvas.

relacionarse más con nosotros, los ‘civilizados’. Siento que me mira, que es discreto, que desconfía.

Pero lo respeto y no insisto. Esta selva ya me ha regalado demasiadas sensaciones intensas como para querer arrancar, de un humano como yo, algún secreto impenetrable. No tengo derecho a insistir porque, me parece, tras varias jornadas en el seno del Manu, he aprendido que seguirá sobreviviendo si no violentamos ni a su gente, ni a sus ecosistemas, ni a sus animales. Ni a su alma, que parece flotar en este aire transido.

COLOFÓN: LOS SUEÑOS POSIBLES

Pasé al menos 5 noches durmiendo en la selva, cubierto con un mosquitero para salvarme de zancudos y otras alimañas, pero aún así me di cuenta de que aquí uno entra en el sueño como si se metiera en el agua. Al acurrucarse en la cama, escucha el rumor sigiloso del bosque, los cantos de la selva danzando en una frecuencia que alivia el cuerpo y acaricia el alma. En el Manu, se duerme bien y se sueña mejor. A pesar de los profusos bichos.

Eso sí es posible. Aunque no pueda describir, con precisión, el paisaje y sus encantos, sí puedo decir que en este Parque Nacional, de 1, 7 millones de hectáreas, la vida se vive y no sólo se imagina. En la piel, se siente al bosque y no sólo los mosquitos. Allí, uno vuelve a asomarse a los vericuetos de la naturaleza. Por eso, tal vez, los hombres de ayer y hoy creyeron que por aquí estaba el Paititi, la ciudad perdida, el sueño hecho realidad.

GUÍA DEL MANU: CÓMO IR

Vuelos al Perú

Desde América Latina, Europa y otras partes del mundo, hay vuelos regulares a Lima, la capital del Perú. Desde Lima al Cusco, hay por lo menos 10 vuelos diarios, cuyos precios fluctúan entre los 180 y 300 dólares, dependiendo de con cuánta antelación se compre el pasaje. También hay vuelos directos al Cusco, desde varias capitales del mundo.

Para ir al Parque Nacional del Manu:

- **Por tierra**, desde el Cusco, a través de una carretera afirmada se llega en unas 8 horas hasta el pequeño puerto de Atalaya, de donde se toma un bote a motor, que por el río Alto Madre de Dios, donde hay varios albergues, llega hasta el río Manu y al pueblo de Boca Manu, cerca a la zona núcleo del Parque. Este tour cuesta, dependiendo de cuántos días se quede uno, entre 400 a 800 dólares.
- **Por avioneta**, se puede llegar desde el Cusco en apenas una hora hasta un pequeño aeropuerto vecino a la comunidad nativa de Diamante. En este caso, el costo del tour sube notablemente, hasta llegar a bordear los 3,000 dólares.

Hay cerca de 8 operadores turísticos que trabajan en la zona, algunos de los cuales poseen albergues en distintas zonas del Parque. Algunos de ellos son Manu Nature Tours (teléfono 0051-84- 252721, www.manuperu.com), Inkas Cusco Travel Agency

(Teléfonos 0051-84-228104, www.incascusco.com) y X-Treme Turbulencia Expeditions (teléfonos: 0051-84-224362, www.arroyo-inkatrail.com).

También acuda a Promperú, la entidad nacional encargada de promover el turismo en el Perú. El link donde informan sobre el Manu es el siguiente:

http://www.peru.info/s_ftonaturalaleza.asp?pdr=920&jrq=7.1.1.3&ic=1&mes=&ids=1828)

Otros albergues.

- En Pillcopata, zona de selva alta del Parque, está el hotel albergue **Villa Carmen**, un fundo rodeado de bosques y con varios animales selváticos domesticados. Teléfono: 0051-84-224262. Web: <http://www.edym.com/tourism/villacarmen/es/home.html>. De allí puede salir a caminar, o a caballo, por algunos senderos en la selva y visitar también cataratas cercanas y la comunidad nativa de Santa Rosa de Huacaria.
- Por la ruta del río Alto Madre de Dios, se puede entrar por el río Palotoa y quedarse en el albergue Palotoa-Teparo, administrado por la comunidad nativa matsiguenga del mismo nombre. La web es www.palotoateparo.com y el mail de contacto es informes @palotoateparo.com. El atractivo en esta zona son los petroglifos de Pusharo.

Recomendaciones importantes.

- La mejor época para viajar al Parque Nacional del Manu es entre mayo y octubre. En los meses de verano (enero-marzo), las lluvias arrecian.
- Dentro del perímetro del Parque Nacional, está prohibido cazar y pescar. Los únicos autorizados para eso son los nativos que viven en esta área protegida.
- Es fundamental no perturbar a las comunidades nativas. Eso implica, por ejemplo, no tomarles foto sin autorización, no llegar sin previo aviso a sus comunidades.
- En el caso de los nativos en ‘aislamiento voluntario’, está completamente prohibido tratar de buscarlos o de tener contacto con ellos.
- Es indispensable llevar repelentes, botas, impermeables, ropa ligera, bloqueador. No se recomienda, en absoluto, internarse en la selva sin un guía experimentado.
- Por lo mismo, se debe visitar el Manu a través de alguna agencia autorizada, de prestigio y que cumpla con todas las normas de la legislación peruana.

-oOo-

EL MANU Y EL PLANETA CALIENTE¹⁰

Lima, 26 de Diciembre 2008

¹⁰ Artículo de “reflexiones finales” para e libro que publicará el Programa DRIS/ZA-MANU en el segundo trimestre del 2009 titulado “EL DESARROLLO HUMANO EN EL MANU: Conservación y desarrollo sostenible”.

Tras unos días de viaje por el Parque Nacional del Manu, en un momento en el cual el debate sobre el calentamiento global aumenta e incluso marca el ritmo de las relaciones internacionales, hay derecho a pensar si lo poco que se puede hacer en esta área protegida es, en realidad, mucho para el planeta. La Amazonía no es el pulmón del planeta, como se cree (lo son océanos, más bien), pero si es un punto neurálgico, una zona esencial y vital.

Algo tan elemental como mantener el bosque en pie, en esta que, según la ciencia, es una de las mayores reservas de biodiversidad del mundo, resulta de urgencia. Esa fronda inmensa, casi inacabable, que pudimos contemplar durante nuestro recorrido cumple un papel abnegado en el concierto natural local y global: purifica el oxígeno, mediante la fotosíntesis y con una intensidad bastante mayor, por cierto, que lo que logra una maceta.

Estos árboles son el riñón del planeta, tal como sugiere Hugo Cabieses, coordinador del Programa DRIS/ZA-MANU. Su papel, aparte de embriagarnos el cuerpo y el alma, es neutralizar parte de la basura industrial humana que vamos echando a la atmósfera en aras de nuestra presunta civilización. En todos los ecosistemas cada ser vivo y elemento cuentan, pero en este en especial se trata de preservar a una suerte de ejército natural que nos defiende.

Y que da su pequeña, aunque significativa, batalla contra el agravamiento del cambio climático. En la última Cumbre del Clima, realizada en la ciudad polaca de Poznan a comienzos de diciembre del 2008, se ha avistado posibilidades de acuerdo, para mitigar el efecto invernadero, pero también han sonado nuevas señales de alarma. Una de ellas se refiere a la posibilidad, tenebrosa, de que el mar suba un metro antes de fin de siglo.

Lo ha dicho la bióloga marina, de la Universidad de Copenhague, Katherine Richardson, con cautela aunque con preocupación. El añadido terrible es que los océanos, que absorben el 50% del CO₂ que expelemos al aire (por eso son el pulmón del planeta), tienden, debido al aumento de la temperatura, a palidecer en esa función. La Amazonía, entonces, se erige como un mayor emporio de esperanza frente a la crisis climática.

Es importante, fundamental, hacer esa conexión cuando se visita, admira o simplemente se analiza al Manu. Es indispensable que lo sepan el turista, el científico, el nativo, el colono, las autoridades. La ingenuidad de que, al defender una selva de estas bellas características, “se defiende pajaritos” o se apuesta más por el jaguar que por la gente es no sólo demodé sino, profundamente, necia. Nunca fue, es ni será así. Basta de mentiras.

Defender estos ecosistemas, mediante la conservación o proyectos de desarrollo en sus zonas de amortiguamiento, es un deber de la ciencia, la moral y el Estado. Ante la crisis climática, cualquier sumidero de carbono es fundamental, pero resulta que este es uno de los más eficientes del planeta. Esa floresta interminable ante los ojos hace su silencioso e invisible trabajo, mientras nosotros luchamos contra nuestra estulticia contaminante.

Por añadidura, las características de la selva húmedo-tropical la hacen propicia para el florecimiento de diversas formas de vida, animal y vegetal, que cumplen varias funciones esenciales: sirven de sustento para las poblaciones que habitan en la zona, esconden posibilidades científicas aún inexploradas plenamente, hacen que el ciclo del agua se mantenga y siga abasteciendo a reservorios, plantaciones, ciudades, caseríos.

El Manu entonces es un acuífero, un sumidero de carbono, un hábitat para una dispendiosa biodiversidad, un hogar para nativos y colonos que luchan, cada día y no sin sacrificio, por su existencia. Una joya para el ecoturismo también, siempre y cuando se le explote de manera inteligente, racional y justa. Su riqueza es de la nación peruana, mas su valor, ecológico y económico es, en efecto, un patrimonio natural de la humanidad.

Así lo reconoció la UNESCO en 1987. Hoy que el calentamiento global acecha, al crecer las evidencias de derretimientos glaciares y propagación de enfermedades tropicales, quizás haya que ascenderlo a reserva para la supervivencia. Cuidarlo es cuidar una vena central de la Tierra, es poner un grano de agroforestería o reforestación que, al fin de cuentas, mejora la calidad de vida en la zona y a la vez retrasa el cambio climático.

El concepto de Deforestación Evitada Integral (DEI), por último, al partir de la concepción que lo importante es mantener el bosque en pie, bajo diversas modalidades, da en el clavo de una nueva racionalidad, en vez de dar, con un hacha, en nuestro ya tasajeado futuro. Es probablemente la ruta que debe seguirse, en todo el planeta, para que el calentamiento global no nos caiga encima como una tórrida e inevitable pesadilla.

-oOo-

UNA MANO AL MANU¹¹

Lima, 26 de Diciembre 2008

Para proteger al legendario Parque Nacional, programa de desarrollo sostenible trabaja en proyectos productivos con la población de la Zona de Amortiguamiento

En un rincón caluroso de la comunidad nativa de Santa Rosa de Huacaria, metida en el monte frondoso del distrito de Kosñipata (**parte baja de la provincia cusqueña de Paucartambo**), don Manuel nos enseña, orgullosísimo, su biohuerto. Está ordenadito y alberga, entre otras plantas rollizas, tomates y lechugas, listos para una ensalada. Ha retornado a la agricultura después de 6 años de estar más **abocado** al turismo, actividad a la que pudo dedicarse por ser su comunidad vecina de Pillcopata, poblado que recibe a los turistas que descienden del Cusco **hacia el** Parque Nacional del Manu. El biohuerto familiar no le procura **los mismos ingresos** que el turismo, pero le ayuda a elevar el nivel nutricional de él, su esposa y sus tres hijos.

Manuel tiene 70 años **y es** de la etnia huachipaeri, pero su esposa Maritza, que tiene 28, es de origen machiguenga, **la etnia que es** mayoría en esta comunidad, una de las 35 con las que trabaja el Programa DRIS/ZA-MANU. Afanes similares se encuentran en la

¹¹ Artículo para La Revista Agraria del CEPES Nro. 102, Diciembre 2009.

vecina comunidad de Asunción, más bien poblada por colonos, donde unos cobertizos colocados por el programa para que los cebúes (introducidos desde antes en la zona) se protejan de la lluvia tienen un curioso, y productivo, propósito final: acumular el excremento de estos animales para luego, en un mágico acto biológico inducido, convertirlos en compost, abono orgánico que se obtiene cuando las lombrices procesan dichos excrementos. “Tratamos de no desperdiciar nada”, dice Hugo Cabieses, coordinador del programa, en medio de la canícula de **las montañas de** esta selva alta.

Como el programa está diseñado para trabajar simultáneamente en todo el espectro de pisos ecológicos de la zona, desde la puna hasta la selva baja, también podemos observar proyectos del DRIS/ZA-MANU río abajo, en plena llanura amazónica. **En el pueblo colono de Santa Cruz, por ejemplo**, las piñas y plátanos se siembran, sin conflicto, con especies forestales como la lupuna. **Este tipo de convivencia vegetal, o de agricultura, se llama agroforestería y busca reducir el impacto en el bosque.**

En la vecina comunidad nativa de Shintuya —esta vez de mayoría amarakaeri— el programa ha introducido algunos laberintosos patos que viven en pequeños corrales, al lado de las casas de típico corte selvático (**antes, las únicas representantes avícolas eran las gallinas**). Y en Challabamba, en la parte andina de la **Zona de Amortiguamiento (ZA)**, el programa apoya cultivos de papa, oca, **maíz y reforestación** con especies forestales andinas y exóticas (pino y eucalipto). Fomentando estas actividades económicas se busca fijar a las familias en su propio territorio, con el fin de evitar el desplazamiento de migrantes de la zona andina hacia las selvas del Manu.

¿Qué clase de impacto se busca lograr con estos proyectos productivos? De acuerdo a Cabieses, el fin de todo esto es evitar que se siga tumbando la floresta amazónica. “Lo que se haga por la gente que vive en la ZA es fundamental para defender el Parque”, sostiene. En otras palabras: está bien proteger otorongos, guacamayos o huanganas, pero de nada servirá si quienes viven en la zona vecina al núcleo maravilloso de esta área protegida se lanzan sobre el bosque por necesidad.

Ni los biohuertos, ni las minigranjas ni los proyectos de agroforestería han sido lanzados al azar en medio del bosque. Todas estas actividades productivas forman parte de los cuatro ‘ejes’ sobre los que rueda el programa: incremento de la productividad y la producción, mejora de los niveles de nutrición, mayor articulación con los mercados y fortalecimiento de las organizaciones. La idea central es que, al mejorar sus niveles de vida, los pequeños productores —sean colonos o nativos— se queden donde están y no incurran en la mala costumbre de ingresar al Parque para, por ejemplo, sacar madera a mansalva.

La elección de las familias participantes y los promotores que trabajan con el programa la hicieron los propios usuarios y las comunidades. Asimismo, el programa apoya el saneamiento legal de las asociaciones de productores, comunidades nativas y comunidades campesinas. La idea, sostiene Cabieses, es fortalecer las organizaciones ya existentes.

DRIS/ZA-MANU tiene claro que esta es una tarea de largo plazo, no exenta de problemas y que implica difíciles retos. Por eso, también se ha involucrado en los programas de educación ambiental que están en marcha en la zona. Además, participa

en los programas de radio municipales, en donde explica, entre otras cosas, las ventajas de la agricultura orgánica y de la reforestación con especies nativas.

En lo que sí ha encontrado un bache es en la promoción de los centros de acopio, cuya repotenciación tiene el objetivo de hacer que los plátanos, piñas, yucas y otros productos de la zona salgan hacia mercados como los del Cusco o incluso del vecino estado brasileño de Río Branco. Ese es un ángulo que, en rigor, no está bien aceitado. Esta limitación podría superarse con la creación de una empresa municipal de comercialización y postcosecha que el programa ha promovido. Así, se articularía a los promotores con el mercado cusqueño. **Los centros de acopio intentan ser fortalecidos por el programa, pero este proceso aún no ha dado resultados.**

Con todo, la faena de DRIS/ZA-MANU está impactando de manera importante a 560 familias (385 en el Cusco y 175 en Madre de Dios). De manera indirecta, según sus promotores, beneficiaría a 3,900 familias de la ZA del Manu, que requieren apoyo para no lanzarse sin piedad sobre estos ecosistemas tan dispendiosos y delicados. Si se logra que esos, como otros habitantes de esta vecindad del Paraíso, vivan mejor, la biodiversidad puede respirar tranquila.

Si bien aún tienen muchos escollos que sortear, los esfuerzos de DRIS/ZA-MANU, sumados a los de otras ONG que tienen varios años en la zona, han tenido logros que revelan con claridad su propósito de no dejar que el Manu se convierta en un descampado tropical.

-oOo-

**EL PARQUE NACIONAL DEL MANU Y EL TRAPEZIO FORESTAL BIRREGIONAL
PARA EL PROGRAMA DEL-MANU**

